

# El P. Batllori ante Jaume Vicens. Comentarios <sup>1</sup>

FRANCISCO ABAD NEBOT

(UNED)

## LA MUERTE DE VICENS

Miquel Batllori dedicó varios escritos breves al egregio historiador Jaume Vicens i Vives, el primero de ellos a raíz de su muerte tan temprana y tan lamentable y lamentada en parte.

Justamente la idea con que inició su necrológica nuestro autor fue la de la poca resonancia que esa desaparición había tenido fuera de Barcelona; Vicens tuvo efectivamente mala acogida entre algunos colegas madrileños, aunque resulta nítido que tanto sus amigos de Madrid como los que no lo fueron nada, no alcanzaron salvo alguna excepción su talla profesional.

Sólo en Barcelona y como si se tratase de una efemérides local —apuntaba Batllori— se le tuvo presente con dignidad, pese a resultar el historiador «más frecuentemente recordado cuando en el extranjero [...] se hablaba o se escribía» de la historiografía española actual en 1960.<sup>2</sup>

Tenemos en efecto a la vista un artículo aparecido de forma anónima en el «Diario de Barcelona» el 29 de junio de 1960 pero que nos consta que fue escrito por el medievalista Manuel Riu, así como las páginas que en un número inmediato a su muerte publicó la revista *Destino*. En el «Diario de Barcelona» se decía que «su magisterio permanece inconfundible en el ánimo de quienes tuvimos la suerte de ser sus alumnos»; ciertamente todos han hablado de la personalidad inquieta y brillante del historiador, de la huella que las novedades que introdujo sobre todo a partir de 1950 dejaba en los demás: si así resultaba a través de lo escrito, en mayor grado y con mayor plasticidad debía ocurrir en quienes acudían a sus aulas, y el propio Riu es muestra de ello, pues personal-

---

<sup>1</sup> Prolongamos con los siguientes párrafos los comentarios que ya hicimos en el artículo aparecido en esta *Revista de lenguas y literaturas catalana, gallega y vasca*, IX, 2003, pp. 225-235.

<sup>2</sup> MIGUEL BATLLORI, S. I.: «La doble lección de Jaime Vicens y Vives. 1910-1960», reproducido en *Homenaje a Jaime Vicens Vives*, Universidad de Barcelona, I, 1965, pp. IX-XVIII, de donde proceden todas las siguientes citas textuales batllorinas salvo las del escrito aludido en n. 16. Recogido por igual en M. BATLLORI, *Galeria de personatges*, Tres i Quatre, 2001, pp. 305 y ss.

mente creemos que la manera de componer su libro de *Lecciones de historia medieval*, su diseño, no es explicable fuera del magisterio de Jaume Vicens.

En la misma página periodística que estamos recordando se advierte cómo las sucesivas monografías de investigación de Vicens, «dejan profundamente estudiada [para la Corona de Aragón...] la época que se extiende del Compromiso de Caspe al descubrimiento de América», y así fue; aunque nosotros no seamos ni historiadores ni medievalistas, nos parece que todo lo dedicado por Vicens al XV sigue constituyendo una referencia obligada y vigente en general.

Vemos que en Barcelona —y tal como señala el P. Batllori— sí fue profundamente sentida la desaparición del maestro, y dicho queda que ello se manifestó asimismo en la revista *Destino*. En esta revista Juan Reglá se presenta como su primer discípulo cronológicamente, y subraya que fue un «tipo humano superiormente dotado, que hubiera triunfado plenamente en cualquier actividad»; Reglá resultó asimismo maestro ejemplar y querido, y a quien aguardaban al igual que a Vicens dificultades con los colegas más intolerantes más una muerte temprana. De nuevo Manuel Riu comparece también en estas páginas especiales de *Destino*, y ahora nos relata cómo quienes iban a sus clases —hay que pensar que los mejores de ellos— y charlaban además con don Jaime, «insensiblemente dejamos de ser sus alumnos para convertirnos en discípulos»: existe en efecto, y según es muy sabido, una escuela de Vicens de la que han formado parte unos diez profesores, de entre los que han alcanzado quizá mayores logros el mencionado Reglá, Jordi Nadal, Joan Mercader, Josep Fontana, el mencionado Riu, etc.

Barcelona por tanto sí honró con sentimiento al maestro que desaparecía a los cincuenta años nada más, frente a la indiferencia fría de la prensa de Madrid que nos recuerda el P. Batllori.

## BALLESTER, BOSCH GIMPERA, ANTONIO DE LA TORRE

Maestro a su vez de Jaume Vicens fue el especialista en el reinado de los Reyes Católicos don Antonio de la Torre, y Batllori ha sabido analizar bien en qué consistió la herencia del prof. de la Torre en su discípulo, a saber:

De La Torre heredó Vicens para siempre el riguroso método de investigación —no el método de síntesis y de exposición, en el que se separa diametralmente de su profesor—, la fidelidad a la bibliografía exhaustiva —raíz remota del *Índice histórico español* [...]— y un contacto inicial con la entonces llamada «historia interna», que pese a los latiguillos que le dedicará cuando tenga en sus manos los nuevos métodos estadístico-económicos, le abrió muy pronto las puertas de la historia social a través de la historia de las instituciones.<sup>3</sup>

Inmediatamente antes de las presentes líneas el P. Batllori había interpretado el carácter de la historiografía de Antonio de la Torre, y su indicación asi-

<sup>3</sup> Seguimos glosando el artículo «La doble lección...».

mismo debe tenerse en cuenta: habla en efecto de su predilección por la historia interna, que había quedado sistematizada en España por la escuela institucionalista de Hinojosa y trasvasada a un manual universitario por Altamira.<sup>4</sup>

Resulta pues que Vicens llega a encontrar lo mejor de sí mismo mediante algunas herencias de su maestro don Antonio, la primera de las cuales es la investigación de archivo; Vicens ciertamente se hizo el mejor especialista en el Cuatrocientos (tal como queda visto) mediante un muy riguroso trabajo con los documentos, de donde quizá arranca en una de sus causas el escepticismo que mantuvo ante el uso de la literatura como fuente, lo que le llevó a discrepar de un entonces joven José María Jover.<sup>5</sup>

Asimismo se nos habla por Miguel Batllori del conocimiento de la literatura técnica, de la bibliografía; en verdad una de las tareas colectivas de la escuela vicentina fue la elaboración del aludido «Índice Histórico Español», instrumento necesario de trabajo muy orientador muchas veces, sobre todo cuando los comentarios analíticos y enjuiciamientos de valor los hacía el propio don Jaime o lo hacían sus discípulos de mayor relieve.

En fin interpreta el P. Batllori que de su maestro de la Torre le llega a Vicens Vives en definitiva el gusto por la historia interna institucional que en él se hizo historia social (y económica), según se ve ya en los trabajos relativamente primeros sobre los remensas y el gran sindicato remensa; luego el historiador gerundense dedicó los pocos años que iban a quedarle de vida a la sociedad y economía del —en términos amplios— llamado «siglo liberal» (1808-1936) tanto español como específicamente catalán.

Cabe añadir asimismo que en los años del bachillerato Jaime Vicens fue discípulo de don Rafael Ballester y Castell, y en la Universidad también se halló vinculado en general a Pedro Bosch Gimpera.

## ASPECTOS PERSONALES DE JAUME VICENS

Miquel Batllori hace alusión en su necrológica a algunas circunstancias personales que ayudan a entender a Jaume Vicens; su testimonio dice así:

Sin su exclusión de la universidad hasta 1947, no se habrían dado aquellos juegos de paradojas que plasmaron al último Vicens y Vives: aquel tipo casi

<sup>4</sup> Esta interpretación de Batllori ha quedado recogida casi a la letra —pero sin mención de su procedencia— por Josep M. Muñoz i Lloret en el estudio preliminar («Un historiador que sabía dónde quería ir...») que junto a P. H. Freedman ha compuesto para la nueva edición del *Juan II de Aragón* del historiador gerundense (Urgoiti Editores, Pamplona, 2003, pp. XXII-XXIII); Muñoz mencionaba sin embargo su fuente al recogerla antes en la necesaria monografía suya *Jaume Vicens i Vives. Una biografía intelectual*, Barcelona, Eds. 62, 1997 —pp. 33-34—.

<sup>5</sup> Las cosas que, en la correspondencia privada de Jaume Vicens que se viene publicando en años recientes —tres volúmenes, si no nos equivocamos—, se dicen acerca de Felipe Ruiz Martín (amigo suyo sin embargo), de Jover, etc., resultan quizá un tanto extremadas y sobredimensionadas en la literalidad del juicio.

atlético, ágil como un deportista, y su cabellera prematuramente encanecida; aquella milagrosa capacidad de trabajo entusiasta, y sus irregularidades neurovegetativas y cansancios mentales, que de cuando en cuando aparecían como gritos de alarma [...] La fundación familiar de la Editorial Teide, si le absorbió muchas horas de estos dos últimos decenios, le dio también una independencia económica que un profesor español rara vez alcanza, y que lleva consigo la conquista de una independencia espiritual más envidiable aún, y más envidiada.

En efecto el tiempo transcurrido entre 1939 y 1947 ha sido denominado por el aludido biógrafo de la persona de Vicens, como el de «el anys adversos», aunque en realidad las reticencias hacia él no desaparecieron nunca;<sup>6</sup> suele decirse —sin que lo hayamos visto desmentido— que uno de quienes encabezaron tales rechazos fue el prof. Antonio Rumeu de Armas, el cual puede ser que acostumbrase a calificar en privado la *Aproximación a la historia de España* de «libelo».<sup>7</sup>

La acumulación de las dificultades en la vida diaria es una de las causas de que la buena salud se resienta, y ello debió incidir en el aludido ímpetu entusiasta y milagroso de trabajo de que dan noticia el P. Batllori y cuantos conocieron al estudioso de Girona. Por otro lado buena parte hay de verdad en la independencia intelectual alcanzada por nuestro autor merced a la empresa editorial familiar, empresa que debió además atraerle ciertamente envidias no pequeñas, pues debió interpretarse de mala manera como un instrumento de sobresuelo y de presencia constante y de hallarse siempre (si lo podemos decir coloquialmente) en candelero.

Enérgico, trabajador, exitoso en la vida editorial, innovador en la historiografía, con discípulos propios, catalán,...: era inevitable que a Jaume Vicens le surgiesen obstáculos más o menos artificiales y colegas que iban a quererlo mal.

Pero Batllori hace además una etopeya vicentina: merced a su optimismo —mantiene—, «creía que el mundo podía y debía ser mejor de lo que es»; de ahí «l'altre Vicens» al que se ha referido Muñoz i Lloret: «l'home polític».<sup>8</sup> Este espíritu de hacer mejor el mundo es el que informó asimismo el bello libro de Reglá *Comprendre el món* (1967), vertido al castellano con alguna variación con el rótulo más comercial de «Introducción a la historia». Por diversos títulos, ¡admirable Vicens y admirable también Reglá!

<sup>6</sup> Vid. JOSEP M. MUÑOZ i LLORET: *Jaume Vicens i Vives...* En realidad se trata de una biografía personal; el análisis intelectual de la trayectoria vicentina queda por hacer o por publicar si se halla hecho, que nosotros sepamos.

<sup>7</sup> Según testimonio recogido también por Muñoz, *Jaume...*, p. 243.

<sup>8</sup> «El propio Vicens —escribe Muñoz— reconocía que las dificultades no se debían sólo a consideraciones meramente académicas, o incluso de orden meramente personal, humano. Las reticencias para con él y su grupo obedecían también a razones claramente «políticas», que afectaron notoriamente sus relaciones tanto con los grupos de poder de Madrid como los de la resistencia de Barcelona»: «Un historiador que sabía...», p. XIX.

En cuanto al propio Jaime Vicens y a su vocación de hombre político, su biógrafo nos transmite por ej.:

A mediados de los cincuenta, la pasión política se había adueñado de él y [...] la política empezó a ocupar un lugar prioritario en su actividad diaria. Vicens tuvo un papel activo en acciones de protesta cívica de indudable repercusión política [...]. Josep Benet [...] señala la ilusión, el interés, la capacidad de asimilación y la intuición con que Vicens se metió en este mundo, así como también su generosidad y un entusiasmo muchas veces rayano en la ingenuidad.<sup>9</sup>

El P. Batllori terminará sus párrafos necrológicos postulando que la doble lección de Vicens —profesional y personal— «vale por otros cincuenta años de vida»; sirve el bello elogio, pero —para nosotros al menos— queda el desconuelo de que no hubiera tenido mayor vida que le hubiese permitido alcanzar más obra y acaso más acción política.<sup>10</sup>

## EL CONGRESO DE CIENCIAS HISTÓRICAS DE PARÍS

Como no podía ser menos, Miquel Batllori alude a la inflexión que experimenta la obra de Vicens en 1950 y a su dedicación plena ya a la historiografía no sólo social, sino a la económica. La manera en que nuestro autor lo plantea es así:

El Vicens que va a París [al Congreso de Ciencias históricas del año 50] es un historiador político y diplomático, con alternancia histórica y europea [...]. Jaime Vicens, tan minimizador de la Historia ideológica, poseía tentáculos finísimos para captar las nuevas ideas[...]. Los poquísimos historiadores marxistas que acudieron al Congreso de París le convencieron de que la interpretación materialista de la historia se secaba en esquemas extracientíficos. Pero se dio también cuenta de que la nueva historiografía económica venía a completar la antigua historia, y había de ayudar a interpretarla. Y es de ese Congreso de donde arranca el último Vicens y Vives —el de los años cincuenta— y toda su nueva escuela de Barcelona. Acababa entonces de cumplir los cuarenta, y se sintió con fuerza y vitalidad para dar ese viraje, que fue más una superación y un complemento que una verdadera renuncia.

Creemos certera la intuición de Batllori: el historiador interno y de alguna manera institucional se continúa a sí mismo mejorándose, y entonces se abre —según queda indicado— a la historiografía de la economía. La escuela de sus discípulos justamente ha tratado de política —desde luego— pero de manera no-

<sup>9</sup> «Un historiador...», también p. XIX.

<sup>10</sup> Las complejidades de la vida diaria en referencia a Vicens y sus discípulos han sido abordadas en el brillante artículo de ANTONI SIMÓN TARRÉS: «Jaume Vicens Vives y el nacimiento de la escuela de historia moderna de Barcelona», en los *Estudios en memoria del profesor Àngel Rodríguez Sánchez*, Mérida, Editora Regional de Extremadura, 2002, pp. 59-67. Lo tan bien relatado en este escrito deja una gran amargura y desconcierto moral en el lector, por como ocurren las cosas y miserias humanas.

table de economía y sociedad, y de las relaciones entre la coyuntura económica y la acción política.

Luego del Congreso parisino, y en una crónica aparecida en *Destino*, Vicens estampó: «La historia de los hechos políticos ha perdido definitivamente la primacía que hasta hace poco había ejercido [...]. El interés se ha concentrado en [...] la historia económica, institucional y social». <sup>11</sup> Pero más en particular cabe recordar el hecho —por otra parte bien conocido— de que Vicens escribió un «Prólogo» en estos momentos (al número inicial de la revista que fundó, «Estudios de Historia Moderna», 1951), que era una declaración programática del en parte nuevo modo de historiografía que patrocinaba. En uno de los párrafos subrayaba que «el ideologismo [consistía en] un error en el que no incurriremos», entendiendo por «ideologismo» la Historia filológica que interpreta afanes, designios, intenciones por ej. de los Monarcas, y no lo acaecido realmente, el seguimiento o la transgresión de esos designios y programas o de los programas institucionales —historia no es una ley, valga decir, sino su cumplimiento o no y el porqué de ello.

Vicens expuso entonces «los diez puntos» que encerraban el criterio histórico que se proponía a sí mismo y a sus alumnos y discípulos, y algunos de los cuales eran:

1.º Creemos fundamentalmente que la historia es la vida en toda su compleja diversidad. [...] Despreciamos el materialismo por unilateral, el positivismo por esquemático, el ideologismo por frívolo. Intentamos captar la realidad viva del pasado, y en primer lugar los intereses y las pasiones del hombre común [...].

4.º Creemos en el principio de la articulación social, y en el juego libre de personalidades creadoras, minorías selectas y mayorías fieles en los grandes momentos de plenitud de la cultura; y personalidades exhaustas, minorías anquilosadas y mayorías rebeldes en las etapas de su disgregación.

5.º Creemos que en la historia es un factor importante la lucha por la distribución de las riquezas morales y materiales [...].

6.º Creemos que la Historia debe definir las sucesivas mentalidades del pasado. Por mentalidad [...] entendemos... la reacción del individuo, en su varia gradación intelectual y social, así como la de los grupos que lo interpretan, ante los sucesos históricos que perturban sus anteriores imágenes sobre los valores y las riquezas morales y espirituales. [...].

La Historia en cuanto ciencia debe dar cuenta —se nos dice— de la vida compleja, de la diversidad toda del vivir de los hombres; se trata pues de una Historia integral que no se reduzca a lo político-diplomático o a cualquier otro reduccionismo: tal era el afán de Vicens. Así el materialismo ortodoxo había de parecerle unilateral, o sea, simplificador y reduccionista; el positivismo le resultaba a su vez esquemático, pues los datos documentales por sí mismos tampoco constituyen la verdadera historiografía. Hemos leído algún escrito de Antonio de la To-

<sup>11</sup> Vid. ahora el texto citado en J. VICENS VIVES: *Obra dispersa [III]*, Barcelona, Ed. Vicens-Vives, 1967, pp. 477-478.

rre, y en verdad se queda en la mera comprobación documental sin el más mínimo aliento interpretativo y de ideas: quizá al propio Jaime Vicens había de resultarle esquemático el modo de proceder de su maestro, y en cualquier caso dejó notado lo que el mero empirismo de los datos presenta de simplificador e incompleto.

El ideologismo lo tenía por frívolo, ideologismo entendido —según queda apuntado— en cuanto interpretación de los sentimientos, los programas de gobierno, las mitificaciones del pasado, etc. Nuestro autor se hallaba un tanto en frente de *la reducción de la historiografía a filología*, y esto es lo que tachó de frívolo, dado que la consistencia de lo histórico es muy densa y compleja y no cabe reducirla a las interpretaciones filológicas de algunos textos y documentos escogidos; de ahí sus discrepancias expresas respecto de Menéndez Pidal y de Américo Castro. Faltan indicios rotundos para saber si fue así o no, pero Vicens escribió ahora sus «diez puntos» dos o tres años después de que hubiese aparecido el texto de *España en su historia* de Américo Castro —y a tal texto alude en otro escrito de hacia los mismos meses—, y cabe preguntarse si la frivolidad no la encontraba tanto en la literatura de inflamado nacionalismo historiográfico de la posguerra como en la propia obra de don Américo, aunque reconoce interés a su testimonio. De hecho Jaime Vicens no sintonizaba tampoco con los planteamientos que él tenía en definitiva por ideologistas que llevaban a cabo colegas como Palacio o Jover, y menos aún con literatura nacionalista de poca entidad.<sup>12</sup>

Nuestro autor lo que pedía en definitiva —y veremos que más de una vez— era estudiar al hombre común, y estudiarlo en sus intereses y en sus pasiones, y así lo dejó dicho; esos intereses y pasiones lo mismo podían ser materiales que morales, mentales, etc., y de ahí que rechazase los reduccionismos historiográficos tanto materialistas como ideologizantes o de la mera erudición.

Lo mismo venía a señalarlo cuando traza en tanto programa de la Historia el análisis de la lucha por el reparto de las riquezas materiales y morales. Los bienes resultan escasos —incluso (por poner un ejemplo gráfico) el bien de la fama, en la que un nombre desaloja a otros—, y de ahí esa lucha por la distribución de las riquezas; sería muy ingenuo creer otra cosa, y probablemente por ello el historiador gerundense desestimaba la historiografía sólo filológica-ideológica de interpretación de textos.

No es contrario al rechazo del ideologismo interpretativo el que Vicens postulase el estudio de las mentalidades vigentes según la gradación social, es decir, las mentalidades individuales y de grupo entendidas todas en las coordenadas de su distribución comunitaria. Esta proclama en favor del estudio de las mentalidades sociales resultó muy temprana y tiene además el otro mérito de ser muy adecuada. Fueron José María Jover (a veces tan poco valorado por Vicens) y aún más José Antonio Maravall, quienes luego desarrollarían un estudio de las mentalidades galdosiana, de la novela picaresca y de Lope de Vega, de Ramón J. Sender, etc. La proclama vicentina —en todo caso— no debe quedar inadvertida.

---

<sup>12</sup> Cfr. *Obra dispersa [III]*, p. 23. Unos años más tarde nuestro autor sintetizaba en pocas palabras a Américo Castro al resumir su pensamiento: «España —nos dice— entorpecida por el peso de la doble realidad musulmana y judía indisolublemente ligada a la realidad castellana, no podrá jamás conocer ni vivir la experiencia europea» (*Ibid.*, p. 105).

La atención a las distribuciones sociales, a las coherencias entre individuos, élites y grupos, interesaría mucho a nuestro autor, como vamos a ver luego, y dejaría su impronta lo mismo en la versión última de la *Historia General Moderna* que en el estudio específico sobre los catalanes en el XIX.

El P. Batllori sintetizaba en fin el llamado viraje de Vicens y hacía una glosa en unas líneas que deben transcribirse, a saber:

Desde 1950 él orientó toda su escuela hacia una primacía de lo económico-social [...], pero en el fondo prefirió siempre la actitud más humanística y más humana de Lucien Febvre y de Fernand Braudel.

Con la historiografía europea de tendencia económica tenía de común el sobrevalorar la importancia de la nueva metódica y de la nueva problemática [...]; cuando el siglo XVIII descubrió la historia cultural, despreció la historia-batalla; cuando el XIX, con el liberalismo democrático, inventó la historia de las instituciones, minimizó la historia de las ideas; cuando las leyes económicas se han convertido en leyes políticas, la historia económico-social ha creído anacrónica e insuficiente la historia de las instituciones.

Ciertamente Vicens y su escuela no han dejado de considerar lo humano de la historia y no se han quedado sólo en las comprobaciones mensurables y estadísticas, y esto puede testificarse —en uno u otro grado— en todo el presente grupo de historiadores.

No debemos dejar de advertir la agudeza con la que el Padre Batllori interpreta además la trayectoria desde la Historia cultura a la de las instituciones, y más tarde a la económica y social; no obstante hacer Historia de las instituciones es hallarse ya en camino de hacerla social y económica.

## DOS OBRAS REPRESENTATIVAS

Pero Miquel Batllori estampa también unas palabras sensibles y emotivas acerca de dos trabajos bien conocidos de Jaume Vicens: hace referencia así a «sus dos grandes pequeños libros, para mí los más característicos, los más bellos y los mejores de Jaime Vicens y Vives: la *Aproximación a la historia de España*, publicada en 1952, y la *Noticia de Catalunya*, de 1954, ambos refundidos en los primeros meses de su larga e inconsciente agonía, y reaparecidos en Barcelona, como un testamento, el mismo año de su muerte».

Se trata en efecto de dos obras merecedoras de comentario por ellas mismas —tanto por los prólogos como por el cuerpo del texto—, aunque quizá no resulten exactamente las mejores de su autor, quien escribió monografías de gran calado; no obstante son obras muy representativas que han de aparecer en cualquier selección que se haga de los textos vicentinos. Batllori destaca asimismo su ponencia hecha al final de la vida «Estructura administrativa estatal en los siglos XVI y XVII», que —señala— abre caminos nuevos.<sup>13</sup>

<sup>13</sup> Puede encontrarse su texto recogido en la misma *Obra dispersa [II]*, pp. 359-377.

La fuerza de los hechos acaba imponiéndose, y aunque el P. Batllori ha calificado ya a dos textos de Vicens como los mejores suyos, de hecho menciona otros más y dice por ej. «Me atrevería a afirmar que la monografía de Vicens sobre *El gran sindicato remensa (1488-1508)* [...] es un dechado de trabajo histórico-económico, en que el método estadístico se superpone a un conocimiento total del ambiente político y diplomático de la época de Fernando el Católico». A su vez tiene por «modelo de lo que debe ser un texto universitario» el *Manual de Historia económica de España*, y por «acierto positivo, sólidamente estructurado», la monografía que vertida al castellano no pudo rotularse en tiempos franquistas sino como *Cataluña en el siglo XIX*, y luego ya en época democrática *Los catalanes en el siglo XIX*. Estamos otra vez, en los tres casos, ante obras que reclaman asimismo un comentario específico cada una por sí misma.

Por igual subraya Batllori la otra ponencia vicentina (en colaboración) acerca de «La economía de los países de la Corona de Aragón en la Baja Edad Media»,<sup>14</sup> y da su opinión acerca de la Historia social en equipo que dirigió en la segunda mitad de los años cincuenta: «Lanzó a sus discípulos y a sus amigos y colaboradores a una ambiciosa *Historia social y económica de España y América* (5 vols., 1957-59), que fue recibida con extrema prevención, tal vez porque los críticos no se dieron cuenta de que se trataba más de una empresa editorial que de una tarea erudita, más de una obra de divulgación cultural que de verdadera síntesis exhaustiva».

Esta *Historia social...* sigue siendo sin embargo de lectura necesaria en varios de sus tomos y capítulos —Vicens no pudo disponer siempre de especialistas de relieve para todos y cada uno de los asuntos—, y en conjunto se halla bien planeada y elaborada, aunque con algún desajuste —personalmente echamos de menos el hecho que sorprende de que no se aborden los años 1808/1814, etc.—, por lo que la creemos más que la empresa editorial y el trabajo de divulgación que estimaba Batllori, quien en este momento nos parece un poco injusto.

## LA «INTRODUCCIÓN» A LA «HISTORIA SOCIAL Y ECONÓMICA...»

Texto de relieve fue justamente la «Introducción» que llevaba en 1957 esta *Historia social*, firmada personalmente por Jaume Vicens, y alguna de cuyas opiniones vamos a recoger.<sup>15</sup>

Se iniciaba esta declaración de propósitos y métodos advirtiendo la necesidad de que la historiografía hiciese objeto formal de su estudio al hombre común: «Nuestro tiempo vendrá sellado —manifestaba— por la preocupación hacia el hombre común, ese hombre de la calle, del palacio o de la barraca, de la gran empresa o del taller en serie, que se ha convertido en el principal protagonista de la historia». Se trata en efecto de buscar al *hombre común* (no el «hombre masa en el sentido de la teoría marxista»):

<sup>14</sup> Y que puede verse en *Obra Dispersa [I]*, Barcelona, Ed. Vicens-Vives, 1967, pp. 220-237.

<sup>15</sup> Citamos los diferentes párrafos por el Tomo I de *Historia Social y económica de España y América*, Barcelona, Teide, 1957, pp. 7-27.

Todos los demás, santos y filósofos, políticos y guerreros, científicos y técnicos, poetas y artistas, han estado, a pesar de su grandeza relativa, muy por debajo de ese simple ciudadano que se agarra a los estribos del tranvía, se apretuja en los coches del metropolitano, alinea columnas de guarismos que no comprende y exulta con sencillo fanatismo en los campos de deporte de las urbes multitudinarias. O bien de ese campesino cualquiera que sufre los rigores de las estaciones, la incomodidad de su alojamiento, las latentes amenazas de las endemias y el hastío de su aislamiento cósmico.

He aquí algo probablemente ni de lejos dicho entre nosotros antes del año 57: la grandeza relativa —como mucho— de los llamados grandes hombres, y la grandeza verdadera de los campesinos y los ciudadanos comunes cuya vida y cuyo paso por el mundo debería apresar la historiografía; de ahí que no podían reducirse Vicens y sus discípulos —decía— a lo meramente social y económico anunciado en el título de la obra, sino que debía ahondarse mucho más y llegar hasta «los intereses espirituales y materiales» de cualquier hombre de quien se tuviese noticia. Resultaba pues una nueva fe historiográfica que poseía «un solo principio: captar el nacimiento, las obras, la entereza, los sufrimientos, las alegrías, el tránsito mortal de cualquier ser humano en relación con su tiempo y con el círculo de sus relaciones sociales».

Se trataba en concreto de buscar al hombre histórico español, y en estas coordenadas intelectuales Vicens hace otra vez una alusión de desestima al modo de historiar de Américo Castro, aunque no lo nombre: dice que a quienes quieren ser protagonistas de la nueva historiografía no les ha desalentado «la proliferación de ensayos históricos brillantes, sensacionalmente “vividuriales”, en que se reitera el consabido malabarismo de ir intercalando imágenes, palabras, conceptos y signos cabalísticos». Rechazo con dureza por motivos que años más tarde llevaron también a Eugenio Asensio a hablar de «la España imaginada» por don Américo.

Manifestaba en fin Vicens en su nombre y en el de su escuela que la tarea esencial de la *Historia social y económica...* consistía en «definir la *mentalidad de las diversas clases sociales*»:

Es preciso saber cómo se constituye la clase examinada, en su número estadístico y su marco geográfico propio; cuáles son los intereses económicos que la vinculan al suelo, al comercio o a la industria; cómo define sus valores sociales y cómo los transmite mediante un cuerpo docente apropiado; cuáles son sus relaciones con los demás grupos y cómo defiende su peculiaridad desde el poder o contra el poder; y por último, qué horizontes religiosos, artísticos y literarios moldean su conciencia y le sirven de clave para imponer su jerarquía sobre las clases en competencia.

Estamos ante un programa de estudio de las coherencias y las articulaciones sociales, de la dinámica de sus grupos y la dinámica de sus luchas, según manifestó con unas u otras palabras Jaume Vicens en diferentes ocasiones y contextos de su obra.

## TEORÍA DE LA HISTORIA

En otro momento,<sup>16</sup> Miquel Batllori comenta las diferencias que se dan entre el preámbulo —no denominado así, pues aparece sin título— de la *Historia general moderna* de Vicens en la edición de 1942, y el «Prólogo» de la nueva edición de la misma obra fechado en Barcelona en diciembre-marzo de 1950-1951, diferencias que podemos ver por nuestra cuenta a la vista de ambas ediciones.

Las no muy extensas palabras iniciales de 1942 incluían un pasaje que quedó luego suprimido y que en abreviatura manifestaba:

Para que nadie se llame a engaño, digamos en seguida que no somos devotos de la Filosofía de la Historia ni de la subordinación de las aclaraciones históricas a ideologías preconcebidas. No interpretamos la historia: la narramos de acuerdo con las más recientes investigaciones y los métodos expositivos de la síntesis histórica. [...] Aunque la imparcialidad sea difícil de alcanzar, hemos procurado aproximarnos a ella cuanto hemos podido.<sup>17</sup>

La proclama era nítida: se pedía una Historia bien asentada en los hechos empíricos y no en la ideación filosófica; que tampoco tuviese un punto de partida ideologizado y en particular meramente romántico; y narrada de acuerdo con el estado de la investigación, es decir, atenta a lo más riguroso de lo al día; de esta manera se trataría de una Historia imparcial. Resuenan quizá en estas palabras ecos de la polémica que había mantenido antes de la guerra con Rovira i Virgili, y en todo caso postulaba la mejor historiografía técnicamente posible, la más sólida y especializada.

Sus palabras no obstante podían sonar quizá a las de un mero historiador de los hechos políticos, y eso —estamos de acuerdo con Batllori— no podía permitirlo tras el Congreso de París; además creemos nosotros que el en parte nuevo Vicens no tenía ya que hacerse eco tanto tiempo después del debate con Rovira, por lo que entre unas cosas y otras no consideró necesario mantener el pasaje.<sup>18</sup>

El llamado en el Índice del libro «Prólogo» a la nueva edición de la *Historia General Moderna* suprime según queda dicho el párrafo que en buena medida hemos copiado y añadía casi tres páginas más.<sup>19</sup> Como cambio interno que ha experimentado el texto de esta *Historia* en la nueva versión destaca el autor «el papel otorgado a las *coherencias sociales* para explicar los cambios de actitud de la humanidad en [los] últimos cinco siglos, y en consecuencia, al desarrollo de la temática de las *generaciones*». Y explica más por extenso:

La coherencia social deriva del complejo humano suscitado por el progreso de la articulación continua del hombre en la sociedad [...] El héroe —el sujeto individual de la historia— requiere una minoría que lo secunde y una masa que

<sup>16</sup> *Galería de personatges*, pp. 319-324.

<sup>17</sup> JAUME VICENS VIVES: *Historia General Moderna*, Barcelona, Montaner y Simón, 1942, p. 7.

<sup>18</sup> Cfr. para la polémica con Antoni Rovira i Virgili la biografía de Muñoz i Lloret, pp. 54 y ss.

<sup>19</sup> Citamos por JAUME VICENS VIVES: *Historia General Moderna*, Barcelona, Montaner y Simón, 1967<sup>5</sup>, pp. 3-6, para las referencias que hagamos de este texto.

lo reciba en un proceso espontáneo de mimetismo. Cada una de sus acciones está pues condicionada por el ambiente de la época, por la mentalidad y la coyuntura predominante, por el posible «plano de realización». En este sentido cada ser humano no es más que un co-sujeto histórico, en tanto que contribuye a definir una articulación social, de la que es motor o detector, voz o eco, o ambas cosas a la vez.

Pero es técnicamente imposible definir hasta lo más íntimo una coherencia social. Cada día aporta un quehacer y unas exigencias, de modo que ningún hombre posee una mentalidad absoluta, sino que va moldeándola de acuerdo con el sucesivo «modo de estar» en su época. Ello nos induce a afirmar que el hombre histórico no es, sino que “va siendo”».

El hombre —nos dice Vicens— se articula continuamente en sociedad, y de tal articulación surgen las cambiantes coherencias sociales. Todo hombre consiste así en un co-sujeto histórico, no sólo si pertenece a las individualidades o a las elites, sino si se queda en eco o en un mimetismo social.

La articulación de individualidades, elites y masas en generaciones, o coyunturas, etc., define el pasado junto a las mentalidades vigentes, y tal es el programa que se ha propuesto cumplir en algo el autor al hacer la nueva versión de su presente texto. Poco antes, en el año 1949, Jaume Vicens se adhería a Toynbee al escribir que «en “Un estudio histórico” se proclama la fe en un futuro que no es ineluctable en cuanto es creación propia: de la minoría que piensa, comercia y manda, y del pueblo que comulga con los ideales de aquélla»;<sup>20</sup> hay pues minorías y masas, generaciones y coherencias sociales, y a esto ha de atender el historiador.

En definitiva nuestro autor advierte en el «Prólogo» a la *Historia General Moderna* de 1951:

Esta obra trata [...] de examinar las grandes formas de coherencia sociales de la Civilización Occidental y de detectarlas a través de las generaciones. Porque el autor ha comprobado que la historia se complace en darnos testimonios de generaciones macizas que han señalados rumbos nuevos a la sociedad: no podemos ignorar por ejemplo la obra de la primera generación protestante, ni los remilgos pacifistas de la generación de 1600, ni el formidable impacto intelectual de la generación enciclopedista de 1748.

Estamos —se diría— ante coherencias sociales dinámicas y operativas en el transcurrir, ante articulaciones individuales y de grupo que explican la dinámica histórico-social y que habrán de establecerse.

En la anterior trama, Vicens pudo dedicar partes de su análisis monográfico sobre *los catalanes en el siglo XIX* a estudiar los grupos sociales y la dinámica social catalana del Ochocientos, la dinámica de las actitudes y de los acontecimientos,...: que había que proceder de esta manera, quedó anunciado en el «Prólogo» de 1950-1951.

<sup>20</sup> *Obra Dispersa [III]*, pp. 440-442.

## FINAL

Jaume Vicens Vives es una figura de primer orden en la vida intelectual española de la primera mitad del siglo xx; vivió sólo desde 1910 a 1960, y pertenecía a esa gran generación intelectual de 1936 tan decisiva en la marcha de las ciencias humanas y sociales entre nosotros que contó entre sus miembros a José Ferrater Mora, Julio Caro Baroja, Rafael Lapesa, José Antonio Maravall, Emilio Orozco Díaz, Antonio Badia, y tantos otros.

Vicens no obstante creemos que resulta hoy no muy leído por las nuevas generaciones; de hecho la publicación de su *Obra Completa* está interrumpida verosímilmente de manera definitiva, y no hay —que sepamos— monografías amplias de conjunto acerca de su obra.

Nosotros nos pronunciamos por esa lectura detenida de la obra extensa y bella del extraordinario historiador gerundense.